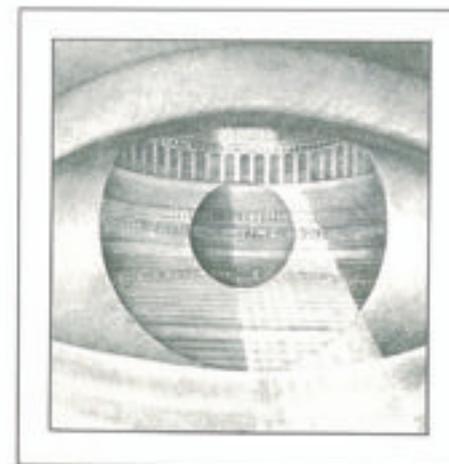


REVISTA INTERNACIONAL  
DE  
CIENCIAS SOCIALES

ISSN 0379-0762

**EPISTEMOLOGÍA DE LAS  
CIENCIAS SOCIALES**

**102**



unesco

## La geografía a fines del siglo xx: nuevas funciones de una disciplina amenazada

Milton Santos

Entre los múltiples aspectos del periodo actual, es esencial reconocer la revolución histórica y científica que atribuye a las ciencias del hombre y de la sociedad un lugar privilegiado en el conjunto de los saberes humanos. En un mundo reestructurado de tal suerte, ha de corresponder un papel particular a la ciencia geográfica —ciencia del espacio del hombre— y hemos de interrogarnos acerca de los problemas que, ya en esta perspectiva, se presentan para su realización y para la actualización de la disciplina. ¿Podemos pensar que la inercia vencerá al movimiento, impidiendo su desarrollo, o debemos creer más bien que conseguirá afirmarse una geografía renovada?

### Redescubrimiento y reestructuración del planeta en el periodo científico- técnico y nuevas funciones de las ciencias

#### De la internacionalización a la mundialización

No sin razón habló K. Polanyi [1957] de "gran transformación" para saludar los profundos cambios impuestos a nuestra civilización desde comienzos del presente siglo. Qué decir

entonces de la auténtica conmoción revolucionaria que experimentó el mundo a raíz de la segunda guerra mundial, cuando, por efecto de la mundialización, comenzó una fase enteramente nueva de la historia humana.

Sin duda, lo que ahora estamos viviendo es el fruto de una larga preparación, y el proceso de internacionalización no data de hoy. El proyecto de mundializar las relaciones económicas, sociales y políticas se inició con

la extensión de las fronteras del comercio a comienzos del siglo xvi, progresó irregularmente a través de los siglos de expansión capitalista, para tomar cuerpo al fin en el momento en que una nueva revolución científica y técnica se impone y en que las formas de vida experimentan una súbita transformación en nuestro planeta: con los formidables medios puestos a su dis-

posición, las relaciones del hombre con la naturaleza conocen hoy un giro decisivo. Sobrevienen así cambios cualitativos sorprendentes, y no es el menos notable la posibilidad de conocerlo y utilizarlo todo a escala planetaria, que en adelante será el marco de las relaciones sociales. Se puede hablar de mundialización, cuando antes se trataba tan sólo de internacionalización [Amin, 1980, p. 188].

Dada la nueva proyección de la historia,

Milton Santos es profesor de geografía en la Universidad de São Paulo, Brasil. Es autor de varias obras, entre ellas *Les villes des pays sous-développés* (1971), *L'espace partagé* (1975) y *Por uma geografia nova* (1978). Su dirección: rua Nazaré Paulista 163, apt. 64, 05448 São Paulo, Brasil.

es preciso "revisar totalmente toda la estructura de los postulados y de los prejuicios en que se funda nuestra visión del mundo", según G. Barraclough [1965, p. 10]. Más recientemente, Katona y Strumpel [1978, p. 2-3] critican una visión económica que no toma suficientemente en cuenta las nuevas realidades, deplorando que factores como las finanzas se estudien aún dentro de un marco puramente nacional y no en su contexto mundial. La sociología, tal como fue concebida en la segunda mitad del siglo XIX, tendría que ser sustituida, según A. Bergesen [1980, p. 1], por una "visión sistémica del mundo", más adaptada a las nuevas realidades.

Sin embargo, ¿cabe deducir de lo antedicho que existe realmente ese sistema mundial [Bergesen y Schoenberg, 1980], ya se llame sociedad mundial [Pettman, 1979], o sistema global [Modelski, 1972]? Sería el resultado de la interconexión entre las sociedades nacionales más alejadas y dispares desde todos los puntos de vista, merced a nuevas condiciones de realización de la vida social, es decir, de una división mundial capitalista del trabajo fundada en el desarrollo de las fuerzas productivas a escala mundial y dirigida a través de los Estados y de las grandes corporaciones o empresas transnacionales [Maza Zavala, 1976, p. 43].

La universalización existe ahora en los hechos: universalización de la producción, incluida la producción agrícola, de los procesos productivos y de comercialización, de los intercambios, del capital y de su mercado, de la mercancía, de los precios y del dinero como mercancía-patrón, de las finanzas y de las deudas, del modelo de utilización de los recursos mediante técnicas universalmente interrelacionadas [S. Breton, 1968, p. 112], del trabajo, es decir del mercado de trabajo y del trabajo improductivo, del medio ambiente, de las empresas y de las familias; universalización también de los gustos, del consumo, de la alimentación, de la cultura y de los modelos de vida social, universalidad de una racionalidad al servicio del capital constituida en moralidad igualmente universalizada, universalidad de una ideología comercial, importada

del extranjero, universalización del espacio, de la sociedad que ha pasado a ser mundial y del hombre amenazado de enajenación absoluta.

Vivimos en un mundo donde una ley del valor mundializada rige la producción total, por conducto de las producciones y de las técnicas dominantes, las que utilizan el trabajo científico universal previsto por Marx [E. Mandel, 1980, p. 132]. La base de todas estas producciones es también universal, y su realización depende, de aquí en adelante, de la existencia de un mercado mundial.

Pero esta mundialización ¿es completa? Para muchos, no podría hablarse, por ejemplo, de mundialización de las clases sociales [Bergesen, 1980 y Navarro, 1982, p. 10] ni de una moralidad universal, siquiera fuese la moralidad de los estados. Si las empresas multinacionales crean por todas partes burguesías transnacionales [R. L. Sklar, 1977], y si instituciones de índole semejante están presentes en todos los países, las clases en cambio todavía se definen territorialmente, de la misma manera que las aspiraciones y el carácter de un pueblo siguen siendo determinados por los legados históricos. Los estados, cuyo número se ha multiplicado en virtud de las nuevas condiciones históricas, constituyen un sistema mundial, pero, individualmente, son a la vez una puerta de acceso y una barrera para las influencias exógenas. Su acción, aún autoritaria, se funda en las realidades preexistentes, razón por la cual nunca favorece una mundialización completa de las estructuras profundas de la nación. Pero eso no basta para impedir que se hable de mundialización. Hoy, lo que no está mundializado se halla condicionado por la mundialización.

#### ¿Un periodo técnico-científico?

Es posible estar en desacuerdo respecto a la denominación y las características del periodo histórico actual. Nosotros lo vivimos, y no hay nada más difícil de definir que el presente. Pero sabemos ya que nuestra época lleva aparejada una revolución global no realizada aún del todo, mas cuyos efectos son percepti-



La mundialización de las relaciones económicas: un buque panameño en los astilleros de Kawasaki en Kobé, Japón. Pierre Bouzard.

bles en todos los aspectos de la vida. Como dice Lucien Goldmann [1978, p. 185-186]: "A partir de la segunda guerra mundial, se hace cada vez más evidente para los investigadores serios que tenemos un tercer tipo de capitalismo, respecto al cual se emplea toda una serie de denominaciones: capitalismo de organización, sociedad de masas, etc. Sigue tratándose de capitalismo, sin duda, pero han aparecido cambios esenciales." Nuestra época sugiere que tengamos bien presente la advertencia de Marx, para quien "es destino de las nuevas creaciones históricas el ser consideradas como si no fueran más que una contrapartida de las formas antiguas e incluso periclitadas de vida social, a las que se asemejan" [1970, p. 58].

Nosotros creemos, como tantos otros, que los trastornos que caracterizan esta fase de la historia humana se deben en gran parte a los extraordinarios progresos efectuados en el ámbito de las ciencias y de las técnicas. Nos hallamos en el periodo del capitalismo tecnológico, según L. Karpik [1972], o de la sociedad tecnológica, según H. Lefebvre [1968].

Sin duda podemos preguntarnos, por una parte, si el desarrollo económico no ha dependido siempre del progreso científico [Aron, 1961; Bettelheim, 1967; Ellul, 1954; Jalée, 1969; Tsuru, 1961], o recordar, como ha hecho E. Mandel [1980], que ésta es sólo la tercera revolución científica; y, por otra parte, deberíamos replantearnos más a menudo la pregunta de R. Heilbroner [1967]: "¿hacen las máquinas la historia?" Algunos analistas creen en una especie de determinismo tecnológico [Ferkiss, 1970, p. 30] y otros nos previenen contra toda arriesgada tentación de creer en una "ilusión tecnológica". Nosotros preferimos sumarnos a estos últimos, sin minimizar por ello el papel fundamental desempeñado por los progresos científicos y técnicos en las transformaciones recientes de nuestro planeta. Esta "transformación total de los fundamentos de la vida humana" de que habla Bernal habría sido, si no, imposible [Richta, 1970, p. 43].

Se trata ahora de una verdadera interdependencia entre la ciencia y la técnica, contra-

riamente a lo que sucedía antes. En realidad, como bien ha observado R. Richta [1970, p. 37], hoy "la ciencia precede a la técnica", aunque la realización de la primera esté cada vez más subordinada a la segunda. La tecnología resultante se utiliza a escala mundial, y lo único que cuenta es la búsqueda desenfrenada de beneficios, allí donde las condiciones lo permiten. Es éste un dato fundamental de la situación actual. El hecho de que la tecnología se haya convertido en un elemento exógeno para gran parte de la humanidad — fenómeno señalado por A. Herrera [1977, p. 159] — acarrea consecuencias de enorme alcance, pues su utilización universal, generalmente sin proporción con los recursos naturales y humanos locales, es causa de graves trastornos. Ahora bien, todo ello ha sido posible sólo y exclusivamente porque el trabajo científico se ha puesto casi siempre, de forma directa o indirecta, al servicio de la producción. La ciencia tiene ahora una función productiva directa [Thibault, 1967].

#### Mundialización perversa y perversión de las ciencias

La mundialización que conocemos es perversa [Santos, 1978]. Concentración y centralización de la economía y del poder político, cultura de masas, cientificización de la burocracia, centralización agravada de las decisiones y de la información constituyen las bases de una agravación de las desigualdades entre países y entre clases sociales, tanto como de la opresión y desintegración del individuo. Comprendemos entonces que exista una correspondencia entre sociedad global y crisis global. E igualmente comprensible, aunque lamentable, es que este movimiento general haya alcanzado a la actividad científica misma.

El redescubrimiento del planeta y del hombre, es decir, la amplificación del saber que les concierne, no son sino los dos términos de una misma ecuación. Esta ecuación se halla condicionada por la producción en sus formas materiales e inmateriales. Los conocimientos obran sobre los instrumentos de tra-



Un mapamundi del siglo XVI. Arts décoratifs.

bajo, imponiéndoles modificaciones a menudo brutales, y aportando apremios o beneficios, según las condiciones de su utilización.

Cuando la ciencia es cooptada por una tecnología cuyos objetivos son más económicos que sociales, se hace tributaria de los intereses de la producción y de los productores hegemónicos y renuncia a toda vocación de servir a la sociedad. Se trata de un saber instrumentalizado en el que la metodología sustituye al método.

Un saber comprometido con intereses e institucionalizado en función de conocimientos estrictamente delimitados acaba por sufrir una fragmentación cuya consecuencia no es la deseable autonomía de las disciplinas científicas, sino su separación. La evolución económica agrava estas disociaciones y nos aleja cada vez más de una visión global y de la visión crítica que ésta permite. El quehacer del hombre de ciencia queda entonces despojado de su contenido teleológico y tiene que

efectuarse con arreglo a una óptica puramente pragmática para satisfacer a aquellos que encargan las investigaciones o dirigen las instituciones de enseñanza. Cuando el quehacer científico tiene que responder así a objetivos establecidos desde un punto de vista utilitario, nos hallamos ante un divorcio entre teoría y praxis [Gouldner, 1976]. De ahí la posibilidad de un éxito práctico de las falsas teorías [Bunge, 1968]. Por eso se ha hablado con razón de perversión de la ciencia [Ravetz, 1977, p. 79].

Las ciencias sociales no son ninguna excepción en este contexto. También las ha deformado el movimiento referido. Nunca se hará suficiente hincapié en los riesgos de una ciencia social monodisciplinaria, desinteresada de las relaciones, globales a pesar de todo, entre los diferentes vectores de que la sociedad está en su conjunto constituida. Quizás una de las causas más importantes de la actual crisis de las ciencias sociales resida precisamente en su aislamiento. Buena parte de la producción intelectual en este terreno descuida los estudios mundiales totalizantes. Este retraso con relación al mundo es uno de los signos de la inadecuación de las ciencias humanas.

Incapaces ya de apreciar la separación entre principios y normas [Catemario, 1968, p. 74], y de este modo empobrecidas, no es sorprendente que estas ciencias adopten múltiples formas de sumisión a intereses con frecuencia poco gloriosos del mundo de la producción. A veces se ponen sin el menor juicio crítico al servicio del *marketing*, de lo que se ha dado en llamar relaciones humanas, de toda suerte de "ingeniería social", y de la producción por encargo de las ideologías [Useem, 1976], reduciendo así gradualmente sus posibilidades. De esta manera, las ciencias sociales se interesan por un muestrario tendencioso de las contradicciones más importantes: el Estado y las empresas transnacionales, el Estado y la nación, el crecimiento y el empobrecimiento, el Este y el Oeste, el desarrollo y el subdesarrollo, etc., ocultando las causas reales de las mismas y los resultados previsibles de los encadenamientos entre fenómenos.

Al reducir así su alcance y restringir su campo de acción, se internacionalizan a la vez que se tornan incapaces de adoptar una visión mundial y crítica. Los excesos de especialización y la pérdida de ambición de universalidad son dos aspectos de una misma cuestión, que permiten que las ciencias sociales sean utilizadas de manera perversa.

La geografía no se libra de esta tendencia. Desarrollada en parte bajo el signo del utilitarismo, fundada en la economía neoclásica, y por lo tanto sin tomar en cuenta el espacio, estaba llamada a negarse a sí misma. Así es como cuenta, entre sus flaquezas, el hecho de no tener un objeto claramente definido y la pobreza teórica y epistemológica sobre la que descansa su práctica. La inexistencia de un sistema de referencias más sólido explica, por lo demás, el importante papel que esta disciplina ha desempeñado en la reorganización nada igualitaria del espacio y de la sociedad.

#### Posibilidades que se ofrecen a las ciencias del hombre

Si bien el periodo histórico actual se caracteriza por actividades científicas muy a menudo dirigidas hacia preocupaciones inmediatas y utilitaristas, contiene igualmente el germen de un cambio de tendencia. Si, por una parte, la ciencia se convierte en una fuerza productiva directa, por la otra aumenta la importancia del hombre —es decir de su saber— en el proceso productivo. Este saber permite un conocimiento más amplio y profundo del planeta, un verdadero redescubrimiento del mundo y de las enormes posibilidades que encierra, puesto que la actividad humana misma es revalorizada. No falta ya más que poder poner estos recursos inmensos al servicio de la humanidad. Se trata de una tarea que exige mucho tiempo y esfuerzo, pero no es imposible, y supone la existencia de una ciencia autónoma, tal como la ha definido R. Wuthrow [Bergesen, 1980, p. 30].

Por el momento, las condiciones locales de realización de la economía internacional acaban por dar la primacía al imperativo

tecnológico, a conjuntos técnicos considerados fijos, ya que la ciencia económica misma parece organizar sus postulados en función de ecuaciones técnicas rígidas. Se trata ahora de llegar a una liberación de este imperativo tecnológico y de subordinar las opciones técnicas a finalidades mucho más amplias que la propia economía. Vemos pues que no se trata en modo alguno de una cuestión técnica, ni del ámbito de las ciencias exactas, sino que compete, por el contrario, a las ciencias sociales, cuya responsabilidad así se acrecienta.

Aunque impuesto por necesidades históricas, el reciente redescubrimiento de la naturaleza y del hombre debe atribuirse, sobre todo, a las disciplinas naturales, biológicas y exactas, es decir a las "ciencias". Esto ha comunicado a las "no ciencias", disciplinas de la sociedad y del hombre, un valor nuevo, todavía insuficientemente medido, en la contrucción razonada de la historia.

Los nuevos saberes llamados "científicos" apuntan al reino de lo posible, mientras que su realización concreta depende más bien de las condiciones económicas, culturales y políticas. Como el futuro no es único, sino que debe ser escogido, son las ciencias sociales las que han de servir como base para la construcción voluntaria de la historia. ¿Cómo? Se trata de ampliar su base filosófica hasta admitir que las preocupaciones teleológicas no son óbice para su fiel transcripción de los fenómenos.

Las nuevas realidades son a la vez causa y consecuencia de una multiplicación de posibilidades, potenciales o plasmadas en hechos reales, cuya pluralidad de combinaciones es factor de complejidad y de diferenciación crecientes. No es cuestión aquí de adaptar el pasado, sino de trastocar las concepciones fundamentales, las formas de enfoque, los temas de análisis. Es decir que cambian a la vez contenido, método, categorías de estudio y palabras clave.

En calidad de promesa, el crecimiento de las posibilidades concierne al mundo entero y a toda la humanidad, pero la "historicización" y la "geografización" de las posibilidades

están sometidas a la ley de las necesidades. La división de los campos suele no ser nítida, pero cabe pensar que en un mundo así constituido son las ciencias del hombre las que ganan en alcance. Por lo demás, muchas combinaciones ahora posibles no son desahuciables, mientras que otras, también muy numerosas, no convienen a tal o cual país o región.

## Renovación de una disciplina amenazada

### Una disciplina amenazada

La importancia actual del territorio (para no hablar de espacio) en la realización de la historia viene tal vez indicada por el creciente interés que en él ponen no sólo los geógrafos, sino también, y más cada día, urbanistas, planificadores, científicos especializados en ámbitos tan diversos como son la economía, la sociología, la etnología, la política, la historia, la demografía, etc. Tanto Nels Anderson [1964, p. 5] como, más recientemente, Pierre George [1982, p. 1] han observado que el supuesto objeto tradicional de la geografía era tratado, cada vez más, por especialistas diversos. "Nuestro objeto" será mejor estudiado por otros, se lamenta V. D. Dennison [1981, p. 271-272].

Por otra parte, la geografía, que ha sucumbido a las tentadoras solicitaciones del mundo de la producción, ¿no es víctima de una especialización exagerada? M. Sorre, ya en 1957 [p. 10; p. 35-36], hablaba de una amenaza de "despedazamiento". J. Allan Patmore [1980] había llamado la atención sobre estos riesgos, y, a pesar de su escepticismo, R. J. Johnston [1980] no dejó de indicar que, de continuar así, la disciplina iba hacia la anarquía. La misma preocupación hizo decir a Brian Berry [1980, p. 449] en su discurso presidencial (de la Asociación de Geógrafos Americanos) que se seguía el rumbo que va "del pluralismo al desenfreño". ¿Podrá decirse entonces, con M. E. Eliot-Hurst [1980, p. 3], que se trata de una disciplina moribunda? Se trata, sin duda alguna, de una

disciplina amenazada; pero las amenazas vienen más de ella misma, en su estado actual, que de las disciplinas vecinas.

La cuestión se complica si admitimos, con el mismo Johnston [1980], que hay tantas geografías como geógrafos, o si reconocemos, con H. Lefèbvre [1974, p. 15], que "los escritos especializados informan a sus lectores acerca de toda clase de espacios precisamente especializados [. . .] y existe, según parece, una indefinida multiplicidad de espacios: geográficos, económicos, demográficos, sociológicos, ecológicos, comerciales, nacionales, continentales, mundiales". Y. Lacoste [1981, p. 152] sintetiza hasta cierto punto estos dos puntos de vista cuando escribe: "De hecho, hay tantas concepciones del 'espacio geográfico' o del 'espacio social' como tendencias de 'escuelas' en geografía, en sociología o en etnología; en último extremo, hay tantas maneras de ver las cosas como individualidades que llevan a cabo una investigación aplicando un procedimiento científico."

Desde luego, existen percepciones diversas de las mismas cosas puesto que existen individuos diferentes. Pero ¿hemos de renunciar por ello a intentar una definición objetiva de las realidades? De otro modo, ni siquiera sabríamos por dónde empezar el trabajo científico, estaríamos siempre a merced de una ambigüedad. En realidad, respecto a lo que aquí nos incumbe, hay que transformar el problema aparentemente doble en uno solo. Se trata de definir el espacio de la geografía, aunque sea una geografía renovada o redefinida, y de fijar así su objeto y sus límites [Holt-Jensen, 1980, p. 4].

#### En busca de un objeto: el espacio

Un sistema de realidades, es decir, un sistema formado por las cosas y la vida que las anima, supone leyes: una estructuración y normas de funcionamiento. Una teoría, es decir su explicación, es un sistema forjado en el pensamiento cuyas categorías reproducen la estructura que rige el encadenamiento de los hechos. Si lo llamamos organización espacial, estructura espacial, organización del espacio, estruc-

tura territorial o simplemente espacio, sólo la denominación cambia, y eso no es fundamental. La cuestión es encontrar las categorías de análisis que nos permitan erigir su conocimiento sistemático, es decir la posibilidad de proponer un análisis y una síntesis de esa realidad con los mismos elementos constitutivos.

Recientemente, los geógrafos han malgastado no poco tiempo y talento en una discusión semántica sin salida. Se han divertido incluso inventando denominaciones nuevas. Por ejemplo, los hay que prefieren hablar de espacialidad o incluso de espacialización de la sociedad, rechazando la palabra espacio, aun cuando se trate del espacio social. Sin embargo, la renovación de la geografía requiere afinar la noción de espacio y buscar nuevas categorías para su análisis. Cuando Armando Corrêa da Silva [1982, p. 52] enuncia que no hay geografía sin teoría espacial consistente, dice también que esta "teoría espacial consistente" sólo es analíticamente válida si dispone de un "concepto relativo a la naturaleza del espacio".

El espacio no es una cosa, ni un sistema de cosas, sino una realidad compuesta por relaciones: cosas y relaciones juntamente [Mabogunje, 1980, p. 5]. Por eso su definición sólo puede hallarse por referencia a otras realidades: la naturaleza y la sociedad, mediatizadas por el trabajo. El espacio no es, pues, como en las definiciones clásicas de la geografía, el resultado de una interacción entre el hombre y la naturaleza bruta, ni tampoco una amalgama formada por la sociedad actual y el medio ambiente.

El espacio debe considerarse como un conjunto indisociable en el que participan, por un lado, cierta combinación de objetos geográficos, objetos naturales y objetos sociales, y, por el otro, la vida que los colma y anima, es decir la sociedad en movimiento. El contenido (la sociedad) no es independiente de la forma (los objetos geográficos), y cada forma encierra una fracción del contenido. El espacio, por consiguiente, es un conjunto de formas, cada una de las cuales contiene fracciones de la sociedad en movimiento. Las



"¿Hacen las máquinas la historia?": una escena de la película de Stanley Kubrick *2001: odisea del espacio* (1967). Edimedia.

formas, pues, cumplen una función en la realización social.

Como totalidad, la sociedad es un conjunto de posibilidades. La totalidad, según Kant, "es la pluralidad considerada como unidad", o "la unidad de la diversidad", según A. Labriola [1902] y E. Sereni [1970]. Esta unidad no es sino la esencia nueva o renovada cuya vocación es dejar de ser potencia para convertirse en acto. Podemos comparar tal contenido —la esencia— con una sociedad en marcha, en evolución, en movimiento. O mejor aún, con su presente todavía no realizado.

El contenido corporeizado, el ser ya transformado en existencia, es la sociedad ya plasmada en las formas geográficas, la sociedad convertida en espacio. La fenomenología del espíritu de Hegel hablaría de la transformación de la sociedad total en espacio total. La sociedad sería el ser y el espacio sería la existencia. El ser es metamorfoseado en exis-

tencia mediante los procesos impuestos por sus propias determinaciones, las cuales hacen aparecer cada forma como una forma-contenido, un individuo separado capaz a su vez de influir en el cambio social. Es un movimiento permanente, y merced a este proceso infinito, la sociedad y el espacio evolucionan contradictoriamente.

#### Importancia actual del espacio

La mundialización de la sociedad y de la economía engendra la mundialización del espacio geográfico, aportándole un nuevo significado [Amin, 1980, p. 226]. En la evolución de la sociedad, cada uno de sus componentes desempeña un papel distinto en el movimiento de la totalidad, y el papel de cada uno de ellos es diferente en cada momento.

El espacio adquiere hoy una importancia fundamental, pues la naturaleza se transforma, en su totalidad, en fuerza productiva [Presti-

pino, 1977, p. 181]. Cuando todos los lugares han sido alcanzados, de modo directo o indirecto, por las necesidades del proceso productivo, se crean paralelamente selectividades y jerarquías de utilización debido a la competencia activa o pasiva entre los diversos agentes. De ahí una reorganización de las funciones entre las diferentes fracciones de territorio. Cada punto del espacio se torna, pues, importante en potencia o en los hechos; su importancia dimana de sus propias virtualidades, naturales o sociales, preexistentes o adquiridas en virtud de intervenciones selectivas. Como la producción se mundializa, las posibilidades de cada lugar se afirman y se diferencian a nivel mundial. Como consecuencia de la creciente internacionalización del capital y del auge de las empresas transnacionales, se observará una tendencia a la fijación mundial —y no ya nacional— de los costos de producción, y a una igualación de las tasas de beneficios debido a la movilidad internacional del capital [Mandel, 1978, p. 187-188], mientras que la búsqueda de los lugares más rentables será una constante.

Por eso las diferenciaciones geográficas adquieren una importancia estratégica fundamental, como lo demuestra Y. Lacoste [1977, p. 147]. Se puede escoger a distancia el sitio ideal para una empresa dada. Ross, Shakow y Susman [1980] recuerdan a este respecto que, en nuestros días, los proyectos locales están subordinados a las exigencias mundiales.

Puede decirse, por lo tanto, a propósito de estas nuevas realidades, que tales utilizaciones especializadas del territorio, ya sean originalmente naturales o culturales, o provengan de intervenciones políticas y técnicas, implican un verdadero redescubrimiento de la naturaleza, o cuando menos una revalorización total, en la que cada parte, cada lugar, recibe una función nueva, adquiere un nuevo valor.

Como el fenómeno es general, podría decirse que en esta fase de la historia se está afirmando el carácter geográfico de la sociedad, al que C. van Paassen se refería ya en 1957 [Granö, 1981, p. 22]. El hombre alcanza por fin un conocimiento analítico y sintético

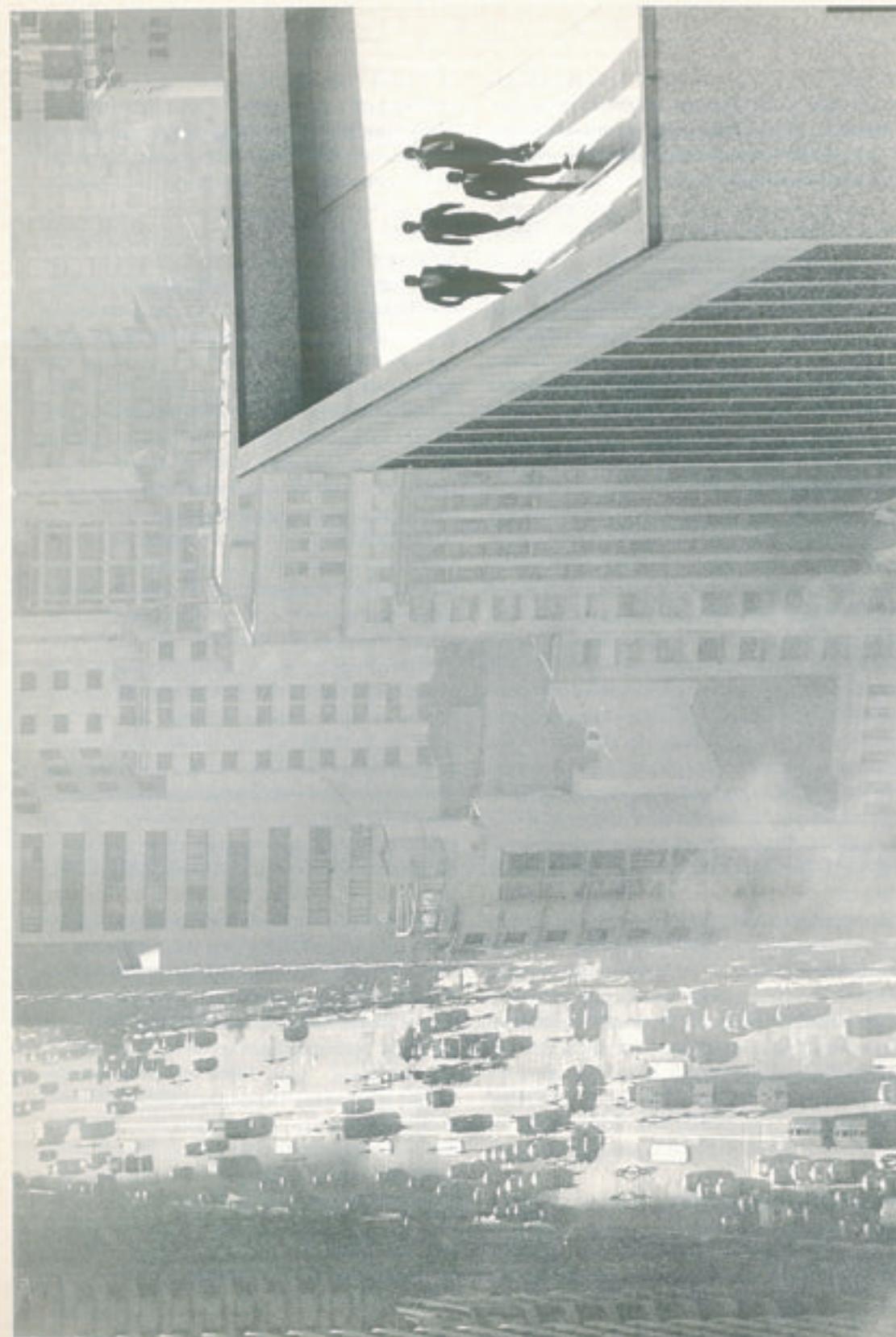
de toda la naturaleza y adquiere la aptitud de una utilización general y global de las cosas que le rodean. En la medida en que la naturaleza se define de un modo nuevo y son renovadas sus relaciones con el hombre, resulta necesario también renovar las disciplinas que la estudian. En el ámbito de la geografía, se requieren nuevas perspectivas y una nueva aptitud para trabajar con leyes universales.

### Hacia una geografía mundial

¿Pero acaso la geografía no era ya mundial? Hace un siglo, K. Ritter y Vidal de la Blache hablaban de la unidad de la tierra. Un autor como K. Boulding [1966, p. 108], a pesar de ser un economista, no vacila en afirmar que la geografía es, entre todas, "la disciplina que ha interpretado la visión del estudio de la tierra como un fenómeno global". Pero, en un artículo reciente, V. D. Dennison [1981, p. 271-272] parece responder con reservas a la cuestión, aun cuando a su juicio esta disciplina sea sinónimo de estudios mundiales. Una cosa es la ambición de llegar a serlo, es decir la voluntad de abarcar la totalidad de los fenómenos y traducirlos en formulaciones científicas, y otra muy distinta es lograrlo [McConnell, 1982, p. 1633-1634].

La vieja tradición de las escuelas nacionales de geografía o, cuando menos los supuestos históricos de la evolución de la ciencia geográfica en los diversos contextos nacionales, ha constituido quizás un obstáculo que impidió llegar a la fase de los estudios geográficos globales. Verdad es que esta preocupación de mundialización ha conocido mejor fortuna, y ya de larga data, en el ámbito de lo que llamamos geografía física [Voropay, 1978, p. 611], mientras que en la esfera de los hechos sociales se ha revelado más difícil. En efecto, en este terreno, los esfuerzos de teorización sobrepasan difícilmente el estado embrionario, cuando no son francamente desafortunados o se quedan en meras palabras.

La internacionalización de la economía ha permitido hablar de ciudades-mundiales, verdaderos eslabones en la cadena de rela-



ciones múltiples que dan su armazón a la vida social del planeta [Santos, 1978]. Pero, en realidad, se ha mundializado el espacio entero, y no queda ya un solo punto del globo que podamos considerar aislado.

La teoría geográfica habría de construirse, pues, con una perspectiva mucho más amplia. J. F. Unstead, ya en 1950, preconizaba la necesidad de elaborar una "geografía mundial" o una "geografía global". Pero los proyectos formulados en este sentido no han tenido consecuencias prácticas. Oscilando entre la descripción y la generalización, desde la antigüedad hasta el siglo XIX, la geografía no ha podido nunca describirlo todo ni evitar generalizaciones a menudo inconsistentes. A finales del siglo pasado y comienzos del presente, asumió una voluntad de teorización —o por lo menos de independencia científica— con la postulación de principios. Sin embargo, el planeta es todavía mal conocido, y muchas otras ramas del saber se hallan aún en sus albores. No obstante, la geografía está realizando un gran esfuerzo para establecerse como ciencia, pero no lo ha logrado del todo.

A nuestro juicio, la razón de estos fracasos no reside en la falta de talento de los geógrafos, sino en el hecho de que las condiciones históricas concretas no eran ideales, lo que dificultó la elaboración de una teoría geográfica. En el transcurso de este siglo, el debate sobre la verdadera naturaleza de la geografía se confundió con el de sus pretensiones científicas, y ambos dejaron en la sombra preocupaciones epistemológicas más sólidas. Incluso los esfuerzos emprendidos después de la segunda guerra mundial han dado sólo una parte de los frutos esperados. Pero nosotros creemos que es ahora cuando las condiciones históricas se hallan reunidas para constituir esta geografía mundial, y también teórica, tan perseguida desde hace un siglo.

#### Globalización y empirización de las categorías

Ahora que el planeta se ha mundializado, ¿qué va a ocurrir con la geografía? Sin duda,

el mundo ha sido siempre uno solo. Sin embargo, no era posible captar su unicidad, salvo respecto a algunos fenómenos de alcance más genérico, y más bien fuera del ámbito social. Hoy día, con la internacionalización de las técnicas, de la producción y del producto, del capital y del trabajo, de los gustos y del consumo, la mundialización de las relaciones sociales de todo orden (económicas, financieras, políticas) es una garantía de universalidad que permite comprender cada fracción del espacio mundial en función del espacio global.

Sólo a partir de esta universalidad, que es empírica, pueden algunas de las categorías filosóficas ser transcritas en un lenguaje geográfico con toda su significación. Es el caso de las categorías de universalidad, particularidad y singularidad, y de las de forma, función, proceso y estructura, ésta última entendida como sinónimo de esencia, es decir de oposición —no suficientemente estudiada— entre paisaje y sociedad, o incluso paisaje y espacio.

La geografía está ya en condiciones de superar la "paleodialéctica" de los geógrafos clásicos y aun actuales. Puesto que la "ley cero" de la dialéctica propuesta por E. Marquit [1981, p. 309-310] —la ley de la interconexión universal— es empíricamente verificable, la función de la contradicción en el proceso de elaboración del saber, tan justamente destacada por San Sayers [1981-1982], se impone con toda su fuerza. Llegamos a ello precisamente porque el proceso de internacionalización iniciado hace casi cinco siglos se ha convertido en un proceso de mundialización. Hasta entonces, la totalización con que podíamos trabajar era ante todo intelectual y se realizaba incompletamente en los hechos. En nuestros días, tiene lugar primero en los hechos y en las relaciones, antes de imponerse al intelecto.

Puede decirse ahora que los grandes universales se vuelven empíricos cuando, por una parte, la realización práctica de las técnicas se hace independientemente del medio que las recibe, y cuando, por la otra, el conjunto de técnicas utilizadas es en todas partes potencialmente el mismo. La indepen-

dencia de las técnicas frente al medio y la mundialización del modelo técnico constituyen un verdadero universal concreto [Ladrière, 1968, p. 216-217; Breton, 1968, p. 114], instrumento de una solidaridad cada vez mayor entre momentos y lugares. Nos hallamos ante un conjunto técnico homogéneo, que se ha hecho sistemático porque está regido y animado por relaciones internacionales mundializadas y, por consiguiente, también sistémicamente unificadas. Dentro de este contexto general actúan las instituciones supranacionales y las empresas transnacionales, así como los grandes organismos burocráticos centralizados que existen gracias a la expansión mundial de los medios de comunicación y de transporte.

El valor universal del modo de producción en su momento actual representa la base material para llegar a conceptos universales. Samir Amin [1980, p. 4] afirma que son generalmente válidos aquellos conceptos cuya posibilidad de aplicación es general, recordando que el modo de producción feudal no tiene forzosamente validez universal en la medida en que fue sólo una parte de la historia y de Europa. Considera, por otro lado, que Marx no pudo llegar a ciertas leyes universales a causa de su limitada experiencia de las luchas sociales y de la ignorancia entonces generalizada con relación a los países no europeos. Quizá no sea exactamente así, pero como en esa época la internacionalización no había alcanzado aún su fase actual de desarrollo, la elaboración de categorías universales resultaba a menudo imposible.

La cantidad de relaciones que intervienen en el funcionamiento de la sociedad, de la economía y de la política aumenta de forma exponencial, de suerte que el abanico de variables ligadas a un objeto o a un fenómeno es mucho más denso en el periodo actual. Así pues, las grandes generalizaciones no sólo son posibles sino también necesarias, y se tornan a la vez más sistemáticas y más elaboradas. Su base, no lo olvidemos, es empírica.

De este modo podríamos volver al viejo tema de la geografía como "ciencia de los lugares", a la que se asocian nombres como

Vidal de la Blache y C. Sauer, o a la reactivación de esta misma polémica con el debate sobre la *uniqueness*, en que se hallan empeñados, entre otros, Bunge [1966 y 1979], Goussier [1973], Grigg [1965], Hartshorne [1955], James [1972], Kalesnik [1971], Schaefer [1953], etc.

Cuanto más se mundializan los lugares, más singulares y específicos se tornan, es decir más "únicos". Ello se debe a la desenfundada especialización de los elementos del espacio —hombres, empresas, instituciones, medio ambiente—, a la disociación cada vez mayor de los procesos y subprocesos indispensables para una mayor acumulación de capital, a la multiplicación de las acciones que hacen del espacio un campo de fuerzas multidireccionales y diversamente complejas, donde cada lugar es sumamente diferente del otro, pero también donde cada lugar está claramente unido a todos los demás mediante un nexo único dado por las fuerzas motrices del modo de acumulación hegemónicamente universal. Nos hallaríamos, pues, ante una totalidad concreta, perceptible a través de una dialéctica concreta, como la presentan G. Lukács en *Histoire et conscience de classe* [1960] y Karel Kosik en *Dialéctica de lo concreto* [1967].

Ya no se puede hablar de contradicción entre *uniqueness* y globalidad. Las dos se completan y se explican mutuamente. El lugar es un punto del mundo donde se realizan algunas de las posibilidades de este último. El lugar es parte del mundo y desempeña un papel en su historia, o, citando a Whitehead [1938, p. 188] "la menor agitación local hace temblar al universo entero". El mundo ha sido siempre un conjunto de posibilidades; hoy, sin embargo, estas posibilidades son todas interdependientes.

#### Hacia una geografía renovada

Actualmente, como hemos visto, las técnicas se utilizan en todas partes sin que se tomen en consideración los sistemas locales de recursos naturales y humanos, y superpuestas a realidades económicas y sociales diferentes. Los

resultados, creadores de trastornos y desigualdades en todas partes, imponen en cada lugar combinaciones particulares, que son otras tantas formas específicas de complejidad de la vida social. Por consiguiente, el problema está en reconocer el efecto de estas superposiciones sobre la existencia de cada sociedad.

La unión entre las posibilidades que se entreabren y el acto de edificar una historia nueva se encontrará en el complejo ámbito donde confluyen estas mismas circunstancias, con arreglo a combinaciones que varían. De ahí la renovada importancia de las ciencias del espacio del hombre, es decir de la geografía, si se desea poder dominar correctamente las fuerzas de que hoy dispone la humanidad.

Frente al panorama del saber antiguo, el acervo nuevo, multiplicado y diferenciado de los saberes y las posibilidades implica un trastocamiento general del conjunto de las ciencias, con la repartición y la reordenación de los territorios científicos, la creación de nuevas disciplinas y la renovación de las existentes. Las ciencias deben renovarse a partir de las realidades que condicionan su desarrollo y para responder a su reto. Este reto viene definido, sobre todo, por las nuevas relaciones, ya establecidas o ya posibles, entre una sociedad que ha llegado a ser universal y los recursos mundiales.

Por lo que a la geografía se refiere, el hecho nuevo y predominante es lo que puede

llamarse su madurez histórica, es decir el conjunto de circunstancias nuevas que impone la historia del mundo a la historia de la disciplina. Para los geógrafos, profesionalmente interesados por el espacio del hombre, la nueva situación es apasionante. Por un lado, su campo de interés se amplía, ya que el espacio llamado geográfico pasa a ser, más que nunca, un elemento fundamental de la aventura humana. Por otro lado, la mundialización del espacio crea las condiciones —hasta ahora insuficientes— para establecer un marco conceptual, un sistema de referencia y una epistemología, recurso de trabajo de que siempre ha carecido esta disciplina y por ello ha restringido su campo de estudio a lo largo del presente siglo.

La garantía de universalidad es una baza decisiva, pues asegura la posibilidad de comprender mejor cada fracción de espacio mundial en función del espacio global, y de esta suerte permite reconocer e interpretar las intervenciones a medida que se producen, sin dejar de desarrollar al mismo tiempo una ciencia crítica. Esto no era posible antes de que el planeta se mundializara realmente, es decir antes de que fuera objeto, en cada uno de sus puntos, de la acción de variables de dimensión planetaria.

Traducido del francés

## Referencias

AMIN, S. 1980. *Classe et nation dans l'histoire et la crise contemporaine*. Traducido por Susan Kaplow. París, Ed. de Minuit.

ANDERSON, N. 1964. Aspects of urbanization. En: N. Anderson (dir. publ.), *Urbanism and*

*urbanization*, p. 1-6. Leiden, E. J. Brill.

ARON, R. 1961. *18 lectures on industrial society*. Londres, Weidenfeld and Nicolson.

BARRACLOUGH, G. 1965. *Introducción a la historia*

*contemporánea*. Madrid, Editorial Gredos.

BERGENSEN, A. 1980. From utilitarianism to globology: the shift from the individual to the world as a whole as the primordial unit of analysis. En: A. Bergesen (dir. publ.),

*Studies of the modern world-system*, p. 1-12. Nueva York, Academic Press.

BERGENSEN, A.; SCHOENBERG, R. 1980. Long waves of colonial expansion and contraction, 1415-1969. En: A. Bergesen (dir. publ.), *Studies of the modern world-system*, p. 231-277. Nueva York, Academic Press.

BERRY, B. 1980. Creating future geographies. *Annals A.A.G.*, vol. 70, n.º 4, diciembre, p. 449-458.

BETTELHEIM, C. 1967. *Planification et croissance accélérée*. París, Maspéro.

BIDAUD, A.; BLONDEAU, M.; GÉRIN, A. M. 1978. Y a-t-il autant de géographies que de géographes? *Espaces-Temps*, n.º 8, p. 85-120.

BOULDING, K. E. 1966. *The impact of the social sciences*. New Brunswick, N.J., Rutgers University Press.

BRETON, S. 1968. Réflexion philosophique et humanisme technique. *Civilisation technique et humanisme*, p. 111-148. París, Beauchesne.

BUNGE, W. 1966. Locations are not unique. *Annals Association of American Geographers*, vol. 56, junio.

—. 1979. Fred K. Schaefer and the science of geography. *Annals Association of American Geographers*, marzo, p. 128-132.

BUNGE, M. 1968. Towards a philosophy of technology. *Civilisation technique et humanisme*, p. 189-210. París, Beauchesne.

CATEMARIO, A. 1968. Technique sociale et reconstruction. *Civilisation technique et humanisme*, p. 59-76. París, Beauchesne.

CORRÊA DA SILVA, A. 1982.

Natureza do trabalho de campo em geografia humana e suas limitações. *Revista de Departamento de Geografia (Universidade de São Paulo)*, n.º 1, p. 49-54.

DENNISON, V. D. 1981. The use of geography. *Geography*, vol. 66, n.º 293, parte 4, noviembre, p. 263-276.

ELIOT-HURST, M. E. 1980. Geography, social science and society, towards a re-definition. *Australian Geographical Studies*, n.º 18.

ELLUL, J. 1954. *La technique ou l'enjeu du siècle*. París.

FERKISS, V. 1970. *Technological man: the myth and the reality*. Nueva York, Mentor Books.

FRIEDMANN, J.; WOLFF, G. 1982. World city formation: an agenda for research and action. *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 6, n.º 3.

GEORGE, P. 1982. Cent ans d'histoire de la géographie. *Acta Geografica*, 2.º trimestre, 3.ª serie, n.º 50, p. 1-8.

GOLDMANN, L. 1978. *Epistémologie et philosophie politique: pour une théorie de la liberté*. París, Éditions Denoël/Gonthier.

GOULDNER, A. W. 1976. *The dialectic of ideology and technology: the origins, grammar and future of ideology, a continuum book*. Nueva York, The Seabury Press.

GOUROU, P. 1973. *Pour une géographie humaine*. París, Flammarion.

GRANÖ, O. 1981. External influence and internal change in the development of geography. En: D. R. Stoddart (dir. publ.), *Geography, ideology and social concern*, p. 17-36. Oxford, Basil Blackwell.

GRIGG, D. 1965. The logic of

regional systems. *Annals Association of American Geographers*, vol. 55, p. 467-477.

HARTSHORNE, R. 1955. Exceptionalism in geography examined. *Annals Association of American Geographers*, vol. 45, p. 205-244.

HEENAN, D. A. 1977. Global cities of tomorrow. *Harvard Business Review*, vol. 55, mayo-junio, p. 79-92.

HEILBRONER, R. 1967. Do machines make history? *Technology and culture*, n.º 8, julio, p. 335-345.

HERRERA, A. O. 1977. Ressources naturelles, technologie et indépendance. En: C. Mendes (dir. publ.), *Le mythe du développement*, p. 141-159. París, Seuil. (Les Collections Esprit.)

HOLT-JENSEN, A. 1980. *Geography, its history and concepts*. Londres, Harper and Row Publishers.

HYMER, S. H. 1979. *The multinational corporation, a radical approach*. Cambridge University Press.

JAMES, P. E. 1972. *All possible worlds: a history of geographical ideas*. Indianapolis, The Odyssey Press.

JOHNSTON, R. J. 1980. Review symposium: geography is what geographers do and did. *Progress in Human Geography*, vol. 4, n.º 2, p. 277-283.

KALESNIK, S. V. 1971. On the significance of Lenin's ideas for Soviet geography. *Soviet Geography*, vol. XII, n.º 4, abril, p. 196-204.

KARPIK, L. 1972. Le capitalisme technologique. *Sociologie du travail. Science, rationalité et industrie*, número especial, año XIII, n.º 1, enero-marzo.

KATONA, G.; STRUMPEL, B.

1978. *A new economic era*. Nueva York, Elsevier.
- KIUCHI, S. 1968. *Chiiki Gairon: sono riron to ohyoh* (Una introducción al estudio de la región: teoría, técnicas y aplicación práctica). Universidad de Tokio.
- KOSIK, K. 1967. *Dialéctica de lo concreto, estudio sobre los problemas del hombre y el mundo*. México, Editorial Grijalbo.
- LABRIOLA, A. 1902. *Essais sur le matérialisme historique*. París, Giard et Brière.
- LACOSTE, Y. 1977. *La geografía, un arma para la guerra*. Barcelona, Editorial Anagrama.
- . 1981. Georges Condaminas. L'espace social. A propos de l'Asie du Sud-Est. *Hérodote*, n.º 21, abril-junio, p. 146-152.
- LADRIÈRE, J. 1968. Technique et eschatologie terrestre. *Civilisation technique et humanisme*, p. 211-243. París, Beauchesne.
- LEFÈVRE, H. 1968. *La vie quotidienne dans le monde moderne*. París, Gallimard.
- Every life in the modern world. Traducido por Sacha Rabinovich. Londres, Allan Lane, The Penguin Press, 1971.
- . 1974. *La production de l'espace*. París, Anthropos.
- LUKÁCS, G. 1960. *Histoire et conscience de classe*. París, Les Éditions de Minuit.
- MABOGUNJE, A. L. 1980. *The development process: a spatial perspective*. Londres, Hutchinson.
- MANDEL, E. 1978. *The second slump*. Londres, New Left Books.
- . 1980. *Long waves of capitalist development: the marxist interpretation*. Londres, Cambridge University Press.
- MAROUT, E. 1981. Contradictions in dialectics and formal logic. *Science and Society*, vol. XLV, n.º 3, otoño, p. 306-323.
- MARX, K. Edición de 1970. *The Paris commune*. Moscú, Progress Publishers.
- MAZA ZAVALA, D. F. 1976. Orígenes y características de la crisis capitalista actual. *Problemas del desarrollo. Revista latinoamericana de economía* (México), n.º 26, p. 23-48.
- MODELSKI, G. 1972. *Principles of world politics*. Nueva York, The Free Press.
- MCCONNELL, J. E. 1982. The internationalization process and spatial form: research problems and prospects. *Environment and Planning*, vol. 14, n.º 12, diciembre, p. 1633-1644.
- NAVARRO, V. 1982. The limits of the world systems theory in defining capitalist and socialist formations. *Science and Society*, vol. XLVI, n.º 1, primavera, p. 77-90.
- PAASEN, C. van. 1957. *The classical tradition of geography*. Groningen.
- PATMORE, J. A. 1980. Geography and relevance. *Geography*, vol. 65, parte 4, n.º 289, noviembre, p. 265-283.
- PITTMAN, R. 1979. *State and class, a sociology of international affairs*. Londres, Croom Helm.
- POLANYI, K. 1957. *The great transformation: the political and economic origins of our time*. Boston, Beacon.
- PRESTIPINO, G. 1977. *El pensamiento filosófico de Engels: naturaleza y sociedad en la perspectiva teórica marxista*. México, siglo XXI.
- RAVETZ, J. R. 1977. Criticism of science. En: Spiegel-Rosing y De Solla Price (dir. publ.), *Science, technology and society*, cap. 3, p. 71-89. Londres y Beverly Hills, Sage Publ.
- RICHTA, R. 1970. *Progreso técnico y democracia*. Madrid, Alberto Corazón Ed.
- ROSS, R.; SHAKOW, Don M.; SUSMAN, Paul. 1980. Local planners—global constraints. *Policy Sciences*, n.º 12, junio, p. 1-25.
- SANTOS, M. 1978. *Por uma geografia nova: da critica da geografia a uma geografia critica*. São Paulo, Hucitec.
- SAYERS, S. 1981-1982. Contradiction and dialectic in the development of science. *Science and Society*, vol. XLV, n.º 4, p. 409-436.
- SCHAEFER, F. K. 1953. Exceptionalism in geography: a methodological examination. *Annals Association of American Geographers*, vol. 43, p. 226-249.
- SIRENI, E. 1970. Da Marx a Lenin: la categoria di 'formazione economico-sociale'. *Quaderni critica marxista* (Roma), n.º 4. También en *La Pensée*, n.º 159, 1971, p. 3-49.
- SKLAR, R. 1977. Post-imperialism: a class analysis of multinational corporate expansion. *Comparative Politics*, vol. 9, n.º 2, enero, p. 75-92.
- SORRE, M. 1957. *Rencontres de la géographie et de la sociologie*. París, Marcel Rivière.
- TAKEUCHI, K. 1974. The origins of human geography in Japan. *Hitotsubashi Journal of Arts and Sciences*, vol. 15, n.º 1, p. 1-13.
- THIBAUT, J. 1967. Réflexions sur le rôle actuel de la science. *Économie et politique*, n.º 167, diciembre.

- TSURU, S. 1961. Has capitalism changed? En: S. Tsuru (dir. publ.). *Has capitalism changed?*, p. 1-66. Tokio, Iwanami Shoten Publishers.
- UNSTEAD, J. F. 1950. *A world survey from the human aspect*. Citado por Shinzo Kiuchi.
- VON LANE, T. 1969. *The global city*. Filadelfia, Lippincot.
- VOROPAY, L. I. 1978. Levels and stages in the process of geographical cognition. *Soviet Geography: Review and Translations*, vol. XIX, n.º 9, noviembre, p. 611-617.
- WHITEHEAD, A. N. 1938. *Modes of thought*. Londres, Mac Millan.
- WUTHROW, R. 1980. The world-economy and the institutionalization of science in seventeenth-century Europe. En: Albert Bergesen, *Studies of the modern world-system*, p. 25-55. Nueva York, Academic Press.
- USEEM, M. 1976. Government patronage of science and art in America. En: Richard A. Peterson (dir. publ.). *The production of culture*, Beverly Hills, Sage Publications.